

recortes

elementos para
la formación y
la discusión

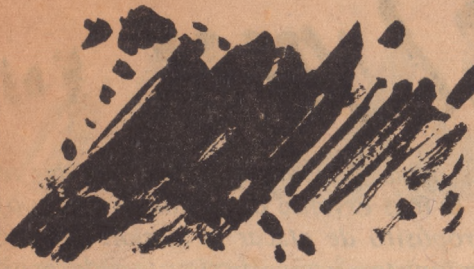


la
conquista
del
pan

P. KROPOTKIN

Federación
Anarquista
Uruguaya





prólogo

I

La publicación Recortes tiene como función aportar elementos doctrinarios sustanciales que posibiliten la formación y la discusión fermental.

Los textos seleccionados no se vierten con el fin de que sean tomados como dogma, sino, por el contrario, para ser analizados mediante la reflexión crítica y el enfoque contestatario, que permita develar el conocimiento indispensable para la acción transformadora.

Compuesto por diversos materiales de varios autores, la publicación ha cumplido el cometido proyectado. Sin embargo, con la finalidad de permitir al lector la comprensión profunda de los conceptos expuestos, el contenido de Recortes será, desde ahora, lo escrito por un autor en una de sus obras.

La sustitución de diversos artículos por uno posibilitará adentrarse en lo sustancial de lo vertido por el autor, permitiendo un aumento de la reflexión y la discusión sobre los temas desarrollados.

II

El autor elegido para la apertura de esta nueva etapa es P. Kropotkin.

Su calidad de teórico de avanzada, su constante accionar revolucionario y la prosa clara y brillante de sus escritos, motivan la elección.

Es Kropotkin junto a Malatesta, el principal exponente del comunismo anarquista, concepción a la que dio bases científicas y filosóficas.

A partir de sus estudios antropológicos en sociedades primitivas, sostiene que las mismas no sólo evidencian el conflicto por la existencia, sino que patentizan también cómo la cooperación y el apoyo mutuo constituyen el estado natural del hombre.



En el transcurso de la historia fue desarrollándose la práctica del apoyo mutuo y la agrupación social solidaria hasta la aparición de mecanismos de explotación y dominación socialmente impuestos, que los eliminan o modifican de acuerdo a los intereses de sus titulares. La tarea del revolucionario es abolir dichos mecanismos como primer paso para hacer prevalecer los instintos de ayuda y comprensión mutuas.

En efecto, una vez consumada la expropiación quedaría abierto el camino para el comunismo anarquista. Su instauración debe llevar a la vigencia del principio "a cada cual según sus necesidades". Kropotkin afirma que no es válido determinar la retribución del trabajo de acuerdo al trabajo real realizado por un determinado individuo. En Anarquismo Comunista sostiene: "La propiedad colectiva de cuando es necesario para la producción supone el disfrute conjunto de los frutos de esta producción en común; en nuestra opinión, la organización de una sociedad equitativa sólo puede surgir de abandono del sistema salarial, y cuando todos, contribuyendo al bienestar general de acuerdo a sus capacidades, disfruten del común patrimonio de la sociedad hasta el límite máximo de sus necesidades".

"La concepción anarquista de la sociedad —escribe Kropotkin en



Anarquismo y Ciencia moderna— presupone que las mutuas relaciones de sus miembros están reguladas no por autoridades, sino por acuerdos entre los miembros de esta sociedad y por el conjunto de costumbres y hábitos sociales no petrificados por las instituciones coactivas, sino en una fase de permanente evolución y reajuste, de conformidad con las siempre variadas exigencias de una vida libre, estimulada por el progreso de la ciencia, los descubrimientos y el continuo impulso de más altos ideales. De aquí que se imponga la desaparición de los poderes instituidos. Se acabó el gobierno del hombre por el hombre; no más cristalización ni inmovilidad, sino, en su lugar, una evolución continua, como la que se observa en la naturaleza”.

III

Los temas escogidos de la conquista de la Paz son de indudable actualidad. La explotación, la dominación ejercida por el Estado, la tarea revolucionaria, la abolición del poder estatal y de la propiedad privada, la organización de la sociedad en base a la propiedad común de los medios de producción y la dirección colectiva de los mismos, constituyen temas de plena vigencia. Es posible constatar que la izquierda tradicional elude sistemáticamente la temática revolucionaria. Es coherente con la postura que en el sistema político la misma ha asumido.

Agotado el modelo Batllista, cuando las circunstancias son aptas para propuestas renovadoras, la izquierda opta por otro camino: acceder electoralmente al gobierno. Prioriza la opción de poder en desmedro de la opción de cambio.

Convencidos que en el Uruguay prevalece la actitud ideológica moderada, su discurso y su propuesta se vuelven entonces conservadoras.

El resultado obvio es el desdibujamiento ideológico y la incapacidad de formular un proyecto alternativo, puesto que el mismo implica necesariamente un cambio estructural de magnitud que su imagen mimetizada de populismo, que ella misma ha adoptado, no le





permite alcanzar.

Esto, en definitiva, significa que la izquierda tradicional ha perdido el rol de oposición que desde el contrasistema debe ejercer.

Sabemos que la izquierda debe priorizar la vocación por el cambio y por ende, asumimos el verdadero papel rebelde que la define y el rol opositor que nos corresponde.

Sin embargo, no olvidamos que la comunicación es un fenómeno complejo. Sabemos que el discurso debe tomar en cuenta los diversos códigos, los significados que los medios masivos de comunicación y la educación imponen a los individuos, el nivel ideológico del receptor del mensaje, etc.

Pero afirmamos que la modernización del discurso no debe implicar una modificación de su contenido. Por el contrario, deber realizarse de manera más elaborada, más clara, más sencilla y por tanto más fácilmente aceptable para aquellos sectores menos propensos a la recepción del mensaje.

Como ejemplo de esto va este material de Kropotkin.

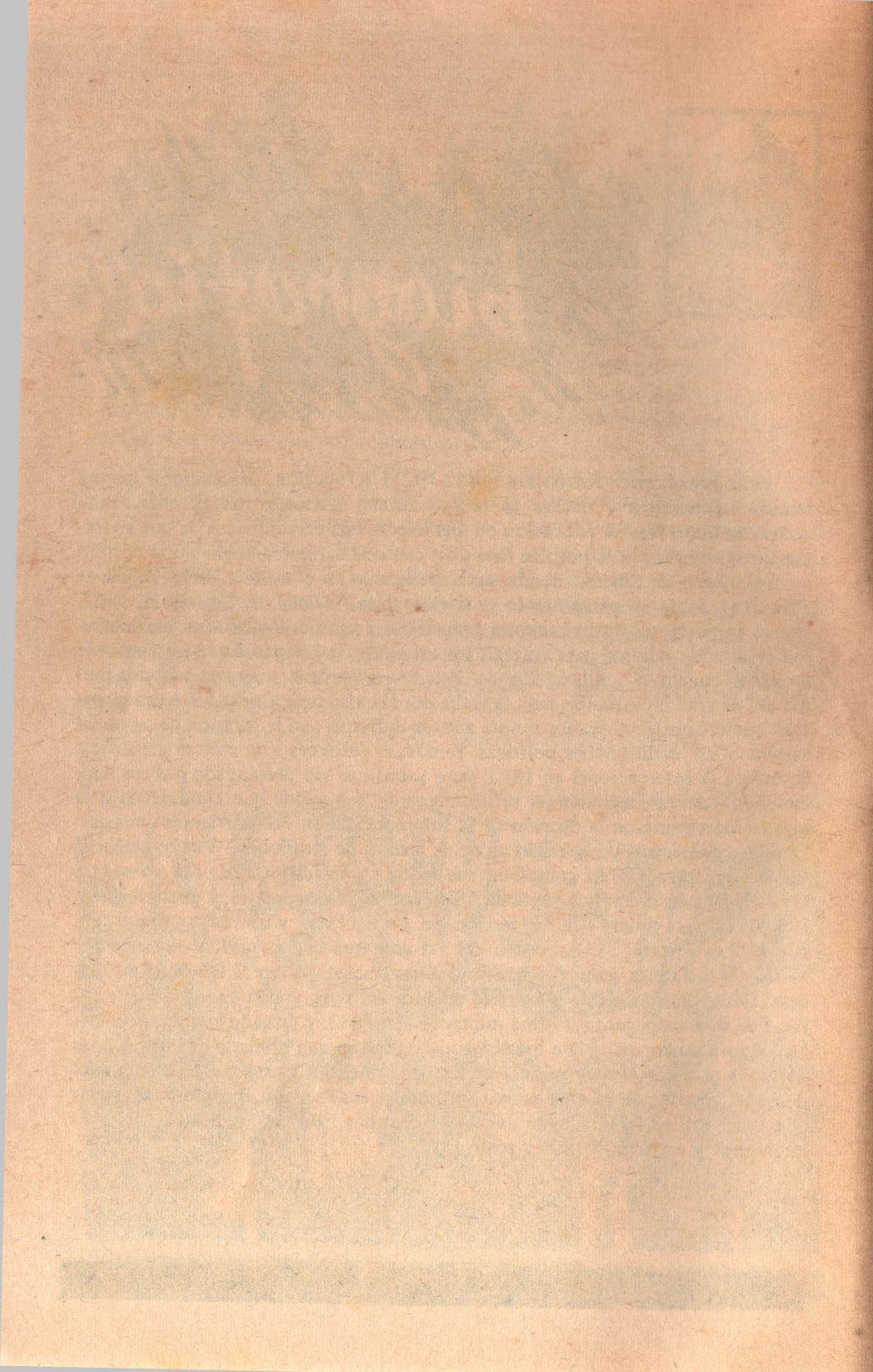
Salud y Revolución Social.





biografía

Piotr Alexeyevich Kropotkin (1842-1921). Kropotkin, descendiente de una familia aristocrática y nacido en Moscú, estaba destinado inicialmente a una carrera militar. Tras su educación en una selecta escuela militar, en la que se fortaleció su interés por la política rusa y las ciencias naturales, eligió como destino un regimiento de Siberia, donde sus experiencias en el estudio de las reformas influyeron sobre su pensamiento posterior. Como oficial, en Siberia, en 1862, realizó importantes investigaciones geográficas y antropológicas que suministraron resultados valiosos para corregir los errores en los mapas. En el terreno de la sociedad, concluyó que la acción del Estado era ineficaz, mientras la ayuda mutua era de gran importancia para la lucha por la existencia. Consiguió una reputación como científico, y a los treinta años se enfrentó con la decisión de seguir su carrera o sus inclinaciones políticas. Renunció entonces a su carrera científica. Se unió a la Internacional en 1872, pero pronto se vio defraudado por sus limitaciones. Los acontecimientos suficientemente conocidos que condujeron a la ruptura determinaron la división de la Internacional en dos corrientes opuestas. El sector federativo y libertario atrajo la lealtad de Kropotkin. Vuelto a Rusia, tras haber trabajado en completar sus teorías y en divulgarlas, fue arrestado. Después de una dramática huida en 1876, se dirigió a Inglaterra, y posteriormente a Suiza, para unirse a la Federación del Jura, a París, y de nuevo a Suiza para editar "Le Revolté". El asesinato del zar determinó su expulsión de este país. Marchó a Inglaterra, donde resumió sus investigaciones sobre la Revolución francesa. Desilusionado por la atmósfera política del país, volvió con su mujer a París. Fue arrestado, junto a otros militantes, en 1882, y juzgado en un espectacular juicio público, en el que los acusados realizaron una brillante defensa que les permitió predicar el anarquismo en Europa. Vuelto a Rusia tras la Revolución de 1917, el resto de su vida estuvo dedicado a sus escritos. Entre sus obras más conocidas están "La conquista del pan", "Campos, fábricas y talleres", "La ayuda mutua" y su "Ética", obra inacabada.



nuestras riquezas



La humanidad ha caminado gran trecho desde aquellas remotas edades durante las cuales vivía el hombre de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que un refugio bajo las peñas, pobres instrumentos de sílex, y la Naturaleza, contra la que tenían que luchar para seguir su mezuina existencia.

Sin embargo, en ese confuso período de miles y miles de años, el género humano acumuló inauditos tesoros. Roturó el suelo, desecó los pantanos, hizo trochas en los bosques, abrió caminos; edificó, inventó, observó, ratiocinó; creó instrumentos complicados, arrancó sus secretos a la Naturaleza, domó el vapor, tanto que, al nacer el hijo del hombre civilizado, encuentra hoy a su servicio un capital inmenso, acumulado por sus predecesores.

Y ese capital le permite obtener riquezas que superan a los ensueños de los orientales en sus cuentos de "Las mil y una noches".

¿Por qué hay, pues, esa miseria en torno nuestro? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad del mañana (hasta para el trabajador mejor retribuido) en medio de las riquezas heredadas del ayer y a pesar de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano?

Los socialistas lo han dicho y redicho hasta la saciedad. Porque todo lo necesario para la producción ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad antes de aprender a domar las fuerzas de la Naturaleza.

Porque, prevaliéndose de pretendidos derechos adquiridos en lo pasado, se apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano dilapidándolos del modo más insensato y escandaloso. Porque reduciendo a las masas al punto de no tener con qué vivir un mes o una semana, no permiten al hombre trabajar sino consintiendo en dejarse quitar la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesita y le fuerzan a producir, no lo necesario para los demás, sino lo que más grandes beneficios promete al acaparador.

Contémplese un país civilizado. Taláronse los bosques que antaño lo cubrían, se desecaron los pantanos, se saneó el clima: ya es habita-

Minas

ble. El suelo, que en otros tiempos sólo producía groseras hierbas, suministra hoy ricas mieses.

El valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén, sólo es producto de la labor acumulada de millones de trabajadores sepultados bajo tierra, y no se mantiene sino por el esfuerzo de legiones de hombres. ¿Qué sería de los muelles de Londres, o de los grandes bazares de París, a no encontrarse situados en esos grandes centros del comercio internacional? ¿Qué sería de nuestras minas, de nuestras fábricas, de nuestros astilleros y de nuestras vías férreas, sin el cúmulo de mercaderías transportadas diariamente por mar y por tierra?

Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de que hoy nos gloriamos. Otros millones, diseminados por todos los ámbitos del globo, trabajan para sostenerla. Sin ellos, no quedarían más que escombros de ella dentro de cincuenta años.

Hasta el pensamiento, hasta la invención, son hechos colectivos, producto del pasado y del presente. Millares de inventores han preparado el invento de cada una de esas máquinas, en las cuales admira el hombre su genio. Miles de escritores, poetas y sabios, han trabajado para elaborar el saber, extinguir el error y crear esa atmósfera de pensamiento científico, sin la cual no hubiera podido aparecer ninguna de las maravillas de nuestro siglo. Pero esos millares de filósofos, poetas, sabios e inventores, ¿no habían sido también inspirados por la labor de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida alimentados y sostenidos, así en lo físico como en lo moral, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No adquirieron su fuerza impulsiva en lo que les rodeaba?

Entonces, ¿con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y decir: "esto es mío y no vuestro"?

Pero aconteció que todo cuanto permite al hombre producir y acrecentar sus fuerzas productivas fue acaparado por algunos.

El suelo, pertenece hoy a minorías que pueden impedir e impedir al pueblo el cultivarlo, o no le permiten el cultivarlo según las necesidades modernas.

Las minas, que representan el trabajo de muchas generaciones y no derivan su valor sino de las necesidades de la industria y la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos, y esos pocos

limitan la extracción del carbón, o la prohíben en su totalidad si encuentran una colocación más ventajosa para sus capitales.

También la maquinaria es propiedad sólo de algunos, y aun cuando tal o cual máquina representa sin género de duda los perfeccionamientos aportados por tres generaciones de trabajadores, no por eso deja de pertenecer a algunos patronos: y si los nietos del mismo inventor que construyó, cien años ha, la primera máquina de hacer encajes se presentasen hoy en una manufactura de Basilea o de Nottingham y reclamasen sus derechos, les gritarían: “¡Marchaos de aquí; esta máquina no es vuestra!” Y si quisiesen tomar posesión de ella, los fusilarían.

En virtud de esta organización monstruosa, cuando el hijo del trabajador entra en la vida, no halla campo que cultivar, máquina que conducir ni mina que acometer con el zapapico, si no cede a un amo la mayor parte de lo que él produzca. Tiene que vender su fuerza para el trabajo por una ración mezquina e incierta. Su padre y su abuelo trabajaron en desaguar aquel campo, en edificar aquella fábrica, en perfeccionarla. Si él obtiene permiso para dedicarse al cultivo de ese campo, es a condición de ceder la cuarta parte del producto a su amo, y otra cuarta al gobierno y a los intermediarios. Y ese impuesto que le sacan el Estado, el capitalista, el señor y el negociante, irá creciendo sin cesar. Si se dedica a la industria, se le permitirá que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, siendo el resto para aquel a quien la ley reconoce como propietario de la máquina.

De tal estado de cosas resulta que toda nuestra producción es un contrasentido. Al negocio no le conmueven las necesidades de la sociedad; su único objetivo es aumentar los beneficios del negociante. De aquí las continuas fluctuaciones de la industria, las crisis en estado crónico.

No pudiendo comprar los obreros con su salario las riquezas que producen, la industria busca mercados fuera, entre los acaparadores de las demás naciones. Pero en todas partes encuentra competidores, puesto que la evolución de todas las naciones se verifica en el mismo sentido Y tienen que estallar guerras por el derecho de ser dueños de los mercados. Guerras por las posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, para imponer derechos aduaneros y dictar condicio-



nes a sus vecinos, ¡guerras contra los que se sublevan! No cesa en Europa el ruido del cañón; generaciones enteras son asesinadas; los Estados europeos gastan en armamentos el tercio de sus presupuestos.

La educación también es privilegio de ínfimas minorías. ¿Puede hablarse de educación, cuando el hijo del obrero se ve obligado a la edad de trece años a bajar a la mina o ayudar a su padre en las labores del campo?

Mientras que los radicales piden mayor extensión de las libertades políticas, muy pronto advierten que el hábito de la libertad produce con rapidez el levantamiento de los proletarios, y entonces vuelven la casaca, mudan de opinión y retornan a las leyes excepcionales y al gobierno del sable. Un vasto conjunto de tribunales, jueces, verdugos, polizontes y carceleros, es necesario para mantener los privilegios. Este sistema suspende el desarrollo de los sentimientos sociales. Cualquiera comprende que sin rectitud, sin respeto a sí propio, sin simpatía y apoyos mutuos, la especie tiene que degenerar. Pero eso no les importa a las clases directoras, e inventan toda una ciencia absolutamente falsa para probar lo contrario.

Se han dicho cosas muy bonitas acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquellos que no tienen nada. Pero cuando se le ocurre a cualquiera poner en práctica este principio, en seguida se le advierte que todos esos grandes sentimientos son buenos en los libros poéticos, pero no en la vida. “Mentir es envilecerse, rebajarse”, decimos nosotros, y toda la existencia civilizada se trueca en una inmensa mentira. ¡Y nos habituamos, acostumbrando a nuestros hijos a practicar como hipócritas una moralidad de dos caras!

El simple hecho del acaparamiento extiende así sus consecuencias de la vida social. So pena de perecer, la sociedades humanas vense obligadas a volver a los principios fundamentales: siendo obra colectiva de la humanidad los medios de producción, vuelven al poder de la colectividad humana. La apropiación personal de ellos no es justa ni útil. Todo es de todos, puesto que todos lo necesitan, puesto que todos han trabajado en la medida de sus fuerzas, y es imposible determinar la parte que pudiera corresponder a cada uno en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos! He aquí la inmensa maquinaria que el siglo

“ ¡M! ¡M! ¡M! ¡M! ”

XIX ha creado; he aquí millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen e hilan para nosotros, que descomponen y recomponen la primera materia y forjan las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y decir: “Es mía; para usar de ella, me pagaréis un tributo por cada uno de vuestros productos.” Como tampoco, el señor de la Edad Media, tenía derecho para decir al labrador: “Esta colina, ese prado, son míos, y me pagaréis por cada gavilla de trigo que cojáis, por cada montón de heno que forméis.”

Basta de esas fórmulas ambiguas, tales como el “derecho al trabajo”, o “a cada uno el producto íntegro de su trabajo”. Lo que proclamamos nosotros es el **derecho al bienestar, el bienestar para todos.**



*el bienestar
para todos*

El bienestar para todos no es un ensueño. Es posible, realizable, después de lo que nuestros antepasados han hecho para fecundar nuestra fuerza de trabajo.

Recordemos tan sólo cómo se limita la producción de las cosas necesarias a todo el mundo. Ejércitos de mineros no desean más que extraer todos los días carbón y enviarlo a quienes tiritan de frío. Pero con frecuencia la tercera parte o dos tercios de esos ejércitos vense impedidos de trabajar más de tres días por semana, para que se mantengan altos los precios. Millares de tejedores no pueden manejar los telares, al paso que sus mujeres y sus hijos no tienen sino harapos para cubrirse y las tres cuartas partes de los europeos no cuentan con vestido que merezca tal nombre.

Centenares de altos hornos, miles de manufacturas permanecen constantemente inactivos; otros no trabajan más que la mitad del tiempo, y en cada nación civilizada hay siempre una población de unos dos millones de individuos que sólo piden trabajo y no lo encuentran.



Millones de hombres serían felices con transformar los espacios; incultos o mal cultivados en campos cubiertos de ricas mieses. Pero esos valientes obreros tienen que seguir parados porque los poseedores de la tierra, de la mina, de la fábrica, prefieren dedicar los capitales a empréstitos turcos o egipcios, o en acciones de oro de la Patagonia, que trabajen para ellos los “fellahs” egipcios, los italianos emigrados del país de su nacimiento o los “coolies” chinos.

Esta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta e inconsciente, que consiste en gastar el trabajo humano en objetos inútiles en absoluto, o destinados tan sólo a satisfacer la necia vanidad de los ricos.

Baste citar los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin más fin que conquistar mercados para imponer la ley económica a los vecinos y facilitar la explotación en el interior; los millones pagados cada año a los funcionarios de todo fuste, cuya misión es mantener el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces, cárceles, gendarmes y todo ese embrollo que llaman justicia; en fin, los millones empleados en propagar por medio de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de los partidos, de los personajes políticos y de las compañías de explotadores.

Aun se gasta más trabajo inútilmente aquí para mantener la cuadra, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allí para responder a los caprichos de las ramerías de alto bordo y al depravado lujo de los viciosos elegantes; en otra parte, para forzar al consumidor a que compre lo que no le hace falta o imponerle con reclamos un artículo de mala calidad; más allá para producir sustancias alimenticias nocivas en absoluto para el consumidor, pero provechosas para el fabricante y el expendedor. Lo que se malgasta de esta manera bastaría para duplicar la producción útil, o para crear manufacturas y fábricas que bien pronto inundarían los almacenes de todas las provisiones de que carecen dos tercios de la nación.

Mas para que el bienestar llegue a ser una realidad, es preciso que el inmenso capital deje de ser considerado como una propiedad privada, del que el acaparador disponga a su antojo. Es menester que el rico instrumento de la producción sea propiedad común, a fin de que el espíritu colectivo saque de él los mayores beneficios para

III

todos. Se necesita la expropiación.

El bienestar de todos, como fin; la expropiación, como medio.

La expropiación: tal es el problema planteado por la historia ante nosotros los hombres de fines del siglo XIX. Devolución a la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. Siéntese la necesidad de una revolución social, y ni a ricos ni a pobres se les oculta que esa revolución está próxima.

Durante el curso de este último medio siglo se ha verificado la evolución en los espíritus; pero comprimida por la minoría, es decir, por las clases poseedoras, y no habiendo podido tomar cuerpo, es necesario que aparte por medio de la fuerza los obstáculos y que se realice con violencia por medio de la revolución.

El pueblo sufre y pregunta: "¿Qué hacer para salir del atolladero?"

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo el **derecho de vivir**, y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. Obrar de suerte que, desde el primer día de la Revolución, sepa el trabajador que una nueva era se abre ante él; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir debajo de los puentes, junto a los palacios, a permanecer en ayuno mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Sea todo de todos, tanto en realidad como en principio, y prodúzcase al fin en la historia una revolución que piense en las **necesidades** del pueblo antes de leerle la cartilla de sus **deberes**.

Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todos; tal es la única manera verdaderamente científica de proceder, la única que comprende y desea la masa del pueblo.

Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse en seguida para llenar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no ya para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva y se desarrolle la sociedad.



el comunismo anarquista

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá en el caso de organizarse en comunismo anarquista.

Hoy, con el actual estado de la industria, en que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente insostenible la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o la metalurgia han alcanzado pasmosa perfección en los países civilizados, lo deben al simultáneo desarrollo de otras mil industrias: lo deben a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación transatlántica, a la destreza de millones de trabajadores, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro del mundo.

Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría mantener la antigua forma de consumo, como no podría amoldarse a las formas antiguas de organización política.

El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por alguno.

Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trate de disfrazarla bajo la forma de "bonos de trabajo". La posesión común de los instrumentos de trabajo, traerá consigo necesariamente el goce en común de los frutos de la labor común.

El día en que se devolviesen a todos los instrumentos de producción, en que las tareas fuesen comunes y el trabajo —ocupando el sitio de honor en la sociedad— produjese mucho más de lo necesario para todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia ensanchará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por esos indicios somos de parecer que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo.

Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Esto es la síntesis de los dos fines perseguidos por la humanidad a través de las edades: la li-

im

bertad económica y la libertad política.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio, que se estudia con el nombre de derecho romano, y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos habitúan a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado-Providencia.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Con el mismo fin se han dictado leyes. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: "¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre tí!"

Abrid cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, y encontraréis en él siempre el gobierno, con su organización y sus actos, ocupando tan gran lugar, que nos acostumbramos a creer que fuera del gobierno y de los hombres de Estado ya no hay nada.

Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital, se acomoda con el parlamentarismo. Pero una sociedad libre que vuelva a entrar en posesión de la herencia común, tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva que convenga a la nueva fase económica de la historia.



la expropiación

Cuéntase que en 1848, al verse amenazado el banquero Rothschild en su fortuna por la revolución, inventó la siguiente farsa: "Admitamos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividida entre tantos millones de europeos, tocarían dos pesetas a



cada persona. Pues bien; me comprometo a restituir a cada cual sus dos pesetas, si me las pide”.

Dicho esto, y debidamente publicado, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Francfort. Tres o cuatro transeúntes le pidieron sus dos pesetas, se las entregó con sardónica sonrisa, y quedó hecha la jugarreta. La familia del millonario aún está en posesión de sus tesoros.

Poco más o menos, así razonan las cabezas sólidas de la burguesía cuando nos dicen: “¡Ah, la expropiación! Comprendido. Quitan ustedes a todos los gabanes, los ponen en montón, y cada cual se acerca a coger uno, salvo el zurrarse la badana por quien coge el mejor.”

Es un chiste de mal gusto. Lo que necesitamos no es poner en un montón los gabanes para distribuirlos después, y eso que los que tiritan de frío aun encontrarían en ello alguna ventaja. Tampoco tenemos que repartirnos las dos pesetas de Rothschild. Lo que necesitamos es organizarnos de tal suerte, que cada ser humano, al venir al mundo, pudiera estar seguro de aprender un trabajo productivo y adquirir la costumbre de él en primer término, y después poder ocuparse de ese trabajo sin pedir permiso al propietario ^{o patrono} y sin pagar a los acaparadores de la tierra y de las máquinas la parte del león sobre todo lo que produzca.

En cuanto a las riquezas de todas clases, detentadas por los Rothschild o los Vanderbilt, nos servirían para organizar mejor nuestra producción en común.

El propietario del suelo se enriquece con la miseria y la explotación de los labradores. Lo mismo sucede con el industrial.

Ved un burgués, que de una manera u otra se encuentra poseedor de un tesoro de quinientas mil pesetas. Ciertamente, puede gastarse ese dinero a razón de cincuenta mil pesetas al año, poquísima cosa en el fondo, dado el lujo caprichoso e insensato que vemos en estos días. Pero entonces al cabo de diez años no le quedará nada. Así, pues, como hombre “práctico”, prefiere guardar intacta su fortuna y crearse además una bonita renta anual.

Eso es muy sencillo en nuestra sociedad, precisamente porque en nuestras ciudades y villorrios hormiguan trabajadores que no tienen para vivir un mes, ni siquiera una quincena. Nuestro burgués

millones

funda una fábrica, los banqueros se apresuran a prestarle otras quinientas mil pesetas, sobre todo si tiene fama de ser hábil, y con su millón podrá hacer trabajar a quinientos obreros.

Si en los contornos no hubiese más que hombres y mujeres cuya existencia estuviera garantizada, ¿quién iría a trabajar para nuestro burgués? Nadie consentiría en fabricarle, por un salario de dos o tres pesetas al día, objetos comerciales por valor de cinco a diez pesetas.

Por desgracia, los barrios pobres de la ciudad y de los pueblos próximos están llenos de gente cuyos hijos lloran delante de la despensa vacía. Por eso, no bien se abre la fábrica acuden corriendo los trabajadores embaucados. No hacen falta más que cien y se presentan mil. Y en cuanto funciona la fábrica, el patrono se embolsa, limpio de polvo y paja un millar de pesetas anuales por cada par de brazos que trabajan para él.

Nuestro patrono se forma así una gran renta. Si ha elegido una rama industrial lucrativa va aumentando poco a poco su fábrica y aumentando el número de los hombres ca y auméntala.

Entonces llegará a ser un personaje en la comarca. Podrá pagar almuerzos a otros notables, a los concejales, al señor diputado. Podrá casar su fortuna con otra fortuna, y colocar más tarde ventajosamente a sus hijos y obtener luego alguna concesión del Estado. Se le pedirán suministros para el ejército o para la provincia, y continuará redondeando su tesoro hasta que una guerra, o el simple rumor de ella, o una jugada de Bolsa le permita dar un gran golpe de mano.

Las nueve décimas partes de las colosales fortunas de los Estados Unidos débense a una gran bribonada hecha con la complicidad del Estado. En Europa, los nueve décimos de las fortunas, en nuestras monarquías y en nuestras repúblicas, tienen el mismo origen.

Toda la ciencia de adquirir riquezas está en eso: encontrar cierto número de hambrientos, pagarles tres pesetas y hacerles producir diez; amontonar así una fortuna y acrecentarla en seguida por algún gran golpe de mano con ayuda del Estado.

Una sociedad anarquista no tendría que temer al Rothschild desconocido que fuera a establecerse de pronto en su seno. Si cada miembro de la comunidad sabe que después de algunas horas de trabajo productivo tendrá derecho a todos los placeres que proporciona

12/11/11

la civilización, a los profundos goces que la ciencia y el arte dan a quienes lo cultivan, no irá a vender su fuerza de trabajo por una mezquina pitanza; nadie se ofrecerá para enriquecer al susodicho Rothschild. Sus monedas de dos pesetas serán rodajas metálicas, útiles para diversos usos, pero incapaces de producir crías.

Por eso la expropiación debe comprender todo cuanto permita apropiarse el trabajo ajeno. La fórmula es sencilla y fácil de comprender.

No queremos despojar a nadie de su gabán, sino que deseamos devolver a los trabajadores **todo** lo que permite explotarlos, no importa a quién. Y haremos todos los esfuerzos para que, no faltándole a nadie nada, no haya ni **un solo hombre** que se vea **obligado** a vender sus brazos para existir él y sus hijos.

He aquí cómo entendemos la expropiación y nuestro deber durante la revolución.

Sin embargo, nos dicen con frecuencia nuestros amigos, — ¡guardaos de ir demasiado lejos! ¡Puesto que la humanidad no se modifica en un día, no vayáis demasiado de prisa en vuestros proyectos de expropiación y de anarquía! Arriesgaríais no hacer nada duradero.”

Pues bien; lo que tememos en materia de expropiación es no ir demasiado lejos. Por el contrario, tememos que la expropiación se haga en una escala demasiado pequeña para ser duradera; que el arranque revolucionario se detenga a la mitad de su camino; que se gaste en medidas a medias que no podrían contentar a nadie, y que produciendo un derrumbamiento formidable en la sociedad y una suspensión de sus funciones, no fuesen, sin embargo, viables, sembrando el descontento general y trayendo fatalmente el triunfo de la reacción.

En efecto, hay en nuestras sociedades relaciones establecidas que es materialmente imposible modificar si sólo en parte se toca a ellas. Los diversos rodajes de nuestra organización económica están engranados tan íntimamente entre sí, que no puede modificarse uno solo sin modificarlos en su conjunto; esto se advertirá en cuanto se quiera expropiar, sea lo que fuere.

El día en que se hiera a la propiedad privada en cualquiera de sus formas, habrá que herirla en todas las demás. El mismo triunfo de la revolución lo impondrá.



Sin embargo, algunos socialistas han tratado de establecer una distinción, diciendo: "Queremos que se expropien el suelo, el subsuelo, la fábrica, la manufactura; son instrumentos de producción, y justo es ver en ellos una propiedad pública. Pero además de eso hay objetos de consumo, el alimento, el vestido, la habitación, que deben ser propiedad privada".

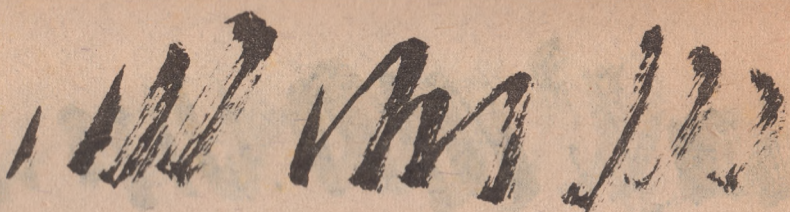
El lecho, la habitación, la casa, son lugares de vagancia para el que nada produce. Pero para el trabajador, una pieza caldeada y clara es tan instrumento de producción como la máquina o la herramienta. Es el sitio donde restaura sus músculos y nervios, que se desgastarán mañana en el trabajo. El descanso del productor es necesario para que funcione la máquina.

Esto es aún más evidente para el alimento. Los pretendidos economistas de que hablamos, nunca han dejado de decir que el carbón quemado por una máquina figura entre los objetos tan necesarios para la producción como las primeras materias. ¿Cómo puede excluirse de los objetos indispensables para el productor el alimento, sin el cual no podría hacer ningún esfuerzo la máquina humana? ¿Será tal vez un resto de metafísica religiosa?

La comida abundante y regalona del rico es un consumo de lujo. Pero la comida del productor es uno de los objetos necesarios para la producción, con el mismo título que el carbón quemado por la máquina de vapor.

Lo mismo sucede con el vestido, porque si los economistas que distinguen entre los objetos de producción y los de consumo vistiesen a estilo de los salvajes de Nueva Guinea, comprenderíamos tales reservas. Pero gentes que no podrían escribir una línea sin llevar camisa puesta, no están en su lugar al hacer una distinción tan grande entre su camisa y su pluma. La blusa y los zapatos, sin los cuales no podía ir un obrero a su trabajo, la chaqueta que se pone al concluir la jornada y la gorra con que se resguarda la cabeza, le son tan necesarios como el martillo y el yunque.

Quiérase o no se quiera, así entiende el pueblo la revolución. En cuanto haya barrido los gobiernos, tratará ante todo de asegurarse un alojamiento sano, una alimentación suficiente y el vestido necesario, sin pagar gabelas.



Y el pueblo tendrá razón. Su manera de obrar estará infinitamente más conforme con la "ciencia" que la de los economistas que hacen tantos distinguos entre el instrumento de producción y los artículos de consumo. Comprenderá que precisamente por ahí debe comenzar la revolución, y echará los cimientos de la única ciencia económica que puede reclamar el título de ciencia y que pudiera llamarse **estudio de las necesidades de la humanidad y medios económicos de satisfacerlas.**

Somos "utopistas", es cosa sabida. En efecto, tan utopistas, que llevamos nuestra utopía hasta creer que la revolución debe y puede garantizar a todos el alojamiento, el vestido y el pan. Es preciso asegurar el pan al pueblo sublevado, es menester que la cuestión del pan preceda a todas. Si se resuelve en interés del pueblo, la revolución irá por buen camino.

Es seguro que la próxima revolución estallará en medio de una formidable crisis industrial. Desde hace una docena de años estamos en plena efervescencia, y la situación tiene que agravarse. Todo contribuye a ello: la concurrencia de las naciones jóvenes que entran en el palenque para conquistar los antiguos mercados, las guerras, los impuestos siempre crecientes, las deudas de los Estados, lo inseguro **del** mañana, las grandes empresas lejanas.

En este momento falta el trabajo a millones de trabajadores en Europa. Peor será cuando haya estallado la revolución y se haya propagado como el fuego en un reguero de pólvora. El número de obreros sin trabajo duplicará en cuanto se levanten barricadas en Europa y en los Estados Unidos. ¿Qué se va a hacer para asegurar el pan a esas muchedumbres?

Es evidente, como ya lo dijo Proudhon, que el ataque a la propiedad traerá la completa desorganización de todo el régimen basado en la empresa particular y el salario. La sociedad misma se verá obligada a poner mano en el conjunto de la producción y reorganizarla según **las necesidades del conjunto de la población.** Pero como esta reorganización no es posible en un día ni en más, como exige cierto período de adaptación, durante el cual millones de hombres se verían privados de medios de existencia, ¿qué ha de hacerse?

mm mm

No hay más que una solución verdaderamente **práctica**, y es reconocer lo inmenso de la tarea que se impone, y en vez de echar un remiendo a una situación que se ha hecho imposible, proceder a reorganizar la producción según los nuevos principios.

Un hombre o un grupo de hombres que poseen el capital necesario, montan una empresa industrial; se encargan de alimentar la manufactura o la fábrica de primeras materias, de organizar la producción, de vender los productos, de pagar a los obreros un salario fijo, y por último, se embolsan el exceso de valor o los beneficios, con el pretexto de indemnizarse del riesgo que han corrido, de las oscilaciones de precios que tiene la mercancía en el mercado.

Por salvar este sistema, los actuales detentadores del capital estarían dispuestos a hacer ciertas concesiones, por ejemplo, repartir una parte de los beneficios con los trabajadores o establecer una escala de salarios que les obligue a elevarlos en cuanto suben las ganancias; en una palabra, consentirían ciertos sacrificios con tal que se les dejase el derecho de dirigir y administrar la industria y de recaudar los beneficios de ella.



vías y
medios

A la organización burguesa, no sólo se la acusa de que el capitalista acapara una gran parte de los beneficios de cada empresa industrial y comercial, lo que le permite vivir sin trabajar. El cargo principal contra ella es que la producción entera ha tomado una dirección absolutamente falsa, puesto que no se realiza con el fin de asegurar el bienestar de todos, y eso es lo que la condena.

Es imposible que la producción se haga para todos. Quererlo, sería pedir al capitalista que se saliese de sus atribuciones y llenase una función que **no puede** llenar sin dejar de ser lo que es: un particular emprendedor, que persigue su enriquecimiento. La organiza-



ción capitalista, fundada en el interés personal de cada negociante, ha dado a la sociedad todo lo que podía esperarse de ella; ha aumentado la fuerza productiva del trabajador. Aprovechándose de la revolución obrada en la industria por el vapor, del repentino desarrollo de la química y de la mecánica y de los inventos del siglo, el capitalista se ha aplicado, por su propio interés, a aumentar el rendimiento del trabajo humano, y lo ha conseguido en grandes proporciones. Darle otra misión sería por completo irracional. Querer que utilice ese superior rendimiento del trabajo en provecho de toda la sociedad sería pedirle filantropía, caridad, y una empresa capitalista no puede cimentarse en la caridad.

A la sociedad le incumbe ahora generalizar esa productividad superior, limitada hoy a ciertas industrias, y aplicarlas en interés de todos.

Pero es indiscutible que para garantizar a todos el bienestar, la sociedad debe tomar posesión de todos los medios para producir.

Los economistas nos recordarán el bienestar relativo de cierta categoría de obreros, jóvenes, robustos, hábiles en ciertas ramas especiales de la industria. Siempre nos señalan con orgullo esta minoría. Pero ese bienestar (patrimonio de unos pocos), ¿lo tienen seguro? Mañana, el descuido, la imprevisión o la avidez de sus amos arrojarán quizá esos privilegiados a la calle y pagarán entonces con meses y años de dificultades o miseria el período de bienestar que habían disfrutado. ¡Cuántas industrias mayores (tejidos, hierros, azúcares, etc.), sin hablar de industrias efímeras, hemos visto parar y languidecer una tras otra, ya por efecto de especulaciones, ya a consecuencia de cambios naturales de lugar del trabajo, ya a causa de competencias promovidas por los mismos capitalistas! Todas las industrias principales de tejidos y de mecánica han pasado recientemente por esas crisis. ¿Qué diremos entonces de aquellas cuyo carácter distintivo es la periodicidad de los paros?

¿Qué diremos también del precio a que se compra el bienestar relativo de algunas categorías de obreros? ¿Qué se ha obtenido a costa de la ruina de la agricultura, por la desvergonzada explotación del campesino y por la miseria de las masas? Enfrente de esa débil minoría de trabajadores que gozan de cierto bienestar, ¿cuántos millones de seres humanos viven al día, sin salario seguro, dispuestos a presentarse donde los llamen! ¡Cuántos labriegos trabajarán catorce



horas diarias por una mísera comida! El capital despuebla los campos, explota las colonias y los pueblos cuya industria está poco desarrollada y condena a la inmensa mayoría de los obreros a permanecer sin educación técnica, como trabajadores medianos hasta en su mismo oficio. El estado floreciente de una industria se consigue constantemente por la ruina de otras diez.

Y esto no es un accidente, es una **necesidad** del régimen capitalista. Para llegar a retribuir medianamente a algunas categorías de obreros, es **preciso** hoy que el labrador sea la bestia de carga de la sociedad; es **preciso** que las ciudades dejen desiertos los campos; es **preciso** que los pequeños oficios se aglomeren en los barrios inmundos de las grandes ciudades y fabriquen casi por nada los mil objetos de escaso valor que ponen los productos de las grandes manufacturas al alcance de los compradores de corto salario. Para que el mal paño pueda despacharse vistiendo a los trabajadores pobremente pagados, es menester que el sastre se contente con un salario de pordiosero. Es menester que los países atrasados del Oriente sean explotados por los del Occidente, para que en algunas industrias privilegiadas tenga el trabajador una especie de bienestar, limitado por el régimen capitalista.

Ya hemos dicho que trabajando cuatro o cinco horas diarias hasta la edad de cuarenta y cinco a cincuenta años, el hombre podría cómodamente producir **todo** lo necesario para garantizar el bienestar a la sociedad.



el
común acuerdo
libre

Habituados como estamos por hereditarios prejuicios, por una educación y una instrucción absolutamente falsas, a no ver en todas partes más que gobierno, legislación y magistratura, llegamos a creer que los hombres se destrozarían unos a otros como fieras el día en



que el polizonte no estuviese con los ojos puestos en nosotros, y que sobrevendría el caos si la autoridad desapareciera. Y sin advertirlo, pasamos junto a mil agrupaciones humanas que se constituyen libremente, sin ninguna intervención de la ley, y que logran realizar cosas infinitamente superiores a las que se realizan bajo la tutela gubernamental.

Trescientos cincuenta millones de europeos se aman o se odian, trabajan o viven de sus rentas, sufren o gozan. Pero su vida y sus hechos (aparte de la literatura, del teatro y del **sport**) permanecen ignorados para los periódicos, si no han intervenido de una manera u otra los gobiernos.

Lo mismo sucede con la historia. Conocemos los menores detalles de la vida de un rey o de un Parlamento; nos han conservado todos los discursos, buenos y malos, pronunciados en esos mentideros, "discursos que jamás han influido en el voto de un solo miembro", como decía un parlamentario veterano. Las visitas de los reyes, el buen o mal humor de los politicastos, sus juegos de palabras y sus intrigas, todo eso se ha guardado con sumo esmero para la posteridad. Pero nos cuesta las mayores fatigas del mundo reconstruir la vida de una ciudad de la Edad Media, conocer el mecanismo de ese inmenso comercio de cambio que se realizaba entre las ciudades anseáticas o saber cómo edificó su catedral la ciudad de Rouen. Si algún sabio se ha pasado la vida en estudiarlo, sus obras quedan desconocidas, y las "historias parlamentarias", es decir, falsas, puesto que no hablan sino de un sólo aspecto de la vida de las sociedades, se multiplican, se compran y venden, se enseñan en las escuelas.

Y nosotros, ¡ni siquiera advertimos la prodigiosa tarea que lleva a cabo diariamente la agrupación espontánea de los hombres, y que constituye la obra capital de nuestro siglo!

Dícese muy a menudo entre los trabajadores que los burgueses son unos holgazanes. En efecto, hay bastantes, pero aun son la excepción: Por el contrario, en cada empresa industrial hay la seguridad de encontrar uno o varios burgueses que trabajan mucho. Verdad es que la mayoría de los burgueses aprovechan su situación privilegiada para adjudicarse los trabajos menos penosos, y que trabajan en condiciones higiénicas de alimento, aire, etcétera, que les permiten desempeñar su tarea sin sobra de fatiga. Precisamente, esas son las condicio-

WIKIPEDIA

nes que pedimos para todos los trabajadores sin excepción. Preciso es decir también que, merced a su posición privilegiada, los ricos hacen a menudo un trabajo absolutamente inútil o hasta nocivo para la sociedad. Emperadores, ministros, jefes de oficinas, directores de fábricas, comerciantes, banqueros, etc., se obligan a ejecutar durante algunas horas diarias un trabajo que encuentran más o menos aburrido, pues todos prefieren sus horas de vagar a esa tarea obligatoria. Y si en el 90 por 100 de los casos esa tarea es funesta, no la encuentran por eso menos fatigosa. Pero precisamente porque los burgueses emplean la mayor energía en hacer el mal (a sabiendas o no) y en defender su posición privilegiada, por eso han vencido a la nobleza señorial y continúan dominando a la masa del pueblo. Si fuesen haraganes, hace mucho tiempo que ya no existirían, y hubieran desaparecido como los aristócratas de raza.

En cuanto a la holgazanería de la mayor parte de los trabajadores, los economistas y los filántropos son los únicos que hablan de eso. Hablad de ello a un industrial inteligente, y os dirá que si a los trabajadores se les pusiera en la cabeza vagar, no habría más remedio que cerrar todas las fábricas, pues ninguna medida de severidad y ningún sistema de espionaje podría remediarlo. Había que ver en el invierno último el terror provocado entre los industriales ingleses, cuando algunos agitadores se pusieron a predicar la teoría del "cannery", "a mala paga, mal trabajo; hacer que hacemos, no echar el bofe y malgastar todo lo que se pueda". "¡Desmoralizan al trabajador, quieren matar la industria!", gritaban los mismos que antes tronaban contra la inmoralidad del obrero y la mala calidad de sus productos. Pero si el trabajador fuese, como lo representan los economistas, el perezoso a quien de continuo hay que amenazar con despedirlo del taller, ¿qué significaría la palabra "desmoralización"?



división del trabajo

La economía política se ha limitado siempre a comprobar los hechos que veía producirse en la sociedad y a justificarlos en interés



de la clase dominante. Lo mismo hace con respecto a la división del trabajo creada por la industria: habiéndola encontrado ventajosa para los capitalistas, la ha erigido en principio.

“Ved ese herrero de pueblo —decía Adam Smith, el padre de la economía política moderna—. Si nunca se ha habituado a hacer clavos, a duras penas fabricará doscientos o trescientos diarios. Pero si ese mismo herrero no hace más que clavos, prudicirá fácilmente hasta dos mil trescientos en el curso de una jornada.” Y Smith se apresuraba a sacar esta consecuencia: “Dividamos el trabajo, especialicemos cada vez más; tengamos herreros que sólo sepan hacer cabezas o puntas de clavos, y de esa manera produciremos más y nos enriqueceremos.”

Lo que se ha hecho con los hombres, quiso hacerse también con las naciones. La humanidad se dividiría en fábricas nacionales, cada una con su especialidad. Rusia está destinada por la Naturaleza a cultivar trigo, Inglaterra a hacer tejidos de algodón, Bélgica a fabricar paños, al paso que Suiza forma niñeras e institutrices. En cada nación se especializará también: Lyon a fabricar sederías, la Auvernia encajes y París artículos de capricho. Esto era, según los economistas, ofrecer un campo ilimitado a la producción al mismo tiempo que al consumo, una era de trabajo y de inmensa fortuna que se abría para el mundo.

Pero esas vastas esperanzas se desvanecen a medida que el saber técnico se difunde en el universo. Todo iba bien mientras Inglaterra era la única en fabricar telas de algodón y trabajar en grande los metales, mientras París hacía él solo juguetes artísticos: podía predicarse lo que se llamaba la división del trabajo, sin temor de verse desmentido.

Pues bien; una nueva corriente induce a las naciones civilizadas a ensayar en su interior todas las industrias, hallando ventajas en fabricar lo que antes recibían de los demás países, y las mismas colonias tienden a pasarse sin su metrópoli. Como los descubrimientos de la ciencia universalizan los procedimientos técnicos, es inútil en adelante pagar al exterior por un precio excesivo lo que es tan fácil producir en casa. Pero esta revolución en la industria, ¿no da una estocada a fondo a la teoría de la división del trabajo, que se creía tan sólidamente establecida?



la descentralización de la industria

En efecto, es insentato exportar el trigo e importar las harinas, exportar la lana e importar paño, exportar el hierro e importar las máquinas, no sólo porque esos transportes ocasionan gastos inútiles, sino sobre todo, porque un país que no tiene desarrollada la industria queda por fuerza atrasado en agricultura; porque un país que no tiene grandes fábricas para trabajar el acero, va también atrasado en todas las demás industrias; en fin, porque gran número de capacidades industriales y técnicas quedan sin empleo.

Todo se enlaza hoy en el mundo de la producción. Ya no es posible el cultivo de la tierra sin máquinas, sin potentes riegos, sin ferrocarriles, sin fábricas de abonos. Y para tener esas máquinas adecuadas a las condiciones locales, esos ferrocarriles, esos artefactos de hierro, etc., es preciso que se desarrolle cierto espíritu de invención, cierta habilidad técnica que no pueden manifestarse en tanto que la azada y la reja del arado sean los únicos instrumentos de cultivo.

Para que el campo esté bien cultivado, para que dé las prodigiosas cosechas que el hombre tiene derecho a pedirle, es preciso que a su alcance humeen muchas fábricas y manufacturas.

La variedad de las ocupaciones y de las capacidades que de ella surgen, integradas con la mira de un fin común: he ahí la verdadera fuerza del progreso.

Lo único que a la revolución puede faltarle es el atrevimiento de la iniciativa. Embrutecidos por nuestras instituciones en nuestras escuelas, esclavizados al pasado en la edad madura y hasta la tumba, no nos atrevemos a pensar. ¿Se trata de una idea? Antes de formar opinión, iremos a consultar libracos de hace cien años para saber qué pensaban los antiguos maestros. Si a la revolución no le faltan audacia en el pensar e iniciativa para obrar, no serán los víveres los que le falten.

De todas las grandes jornadas de la gran revolución, la más hermosa y grande, que estará grabada para siempre en los espíritus, fue la de los federados que desde todas partes acudieron y trabajaron en el terreno del Campo de Marte para preparar la fiesta. Aquel día Francia fue una; animada por el nuevo espíritu, entrevió el porvenir

LIBERTAD

que se abría ante ella con el trabajo en común de la tierra. Y con el trabajo en común de la tierra recobrarán su unidad las sociedades redimidas y se borrarán los odios, las opresiones que las habían dividido.

Pudiendo en adelante concebir la solidaridad, ese inmenso poder que centuplica la energía y las fuerzas creadoras del hombre, la nueva sociedad marchará a la conquista del porvenir con todo el vigor de la juventud.

Cesando de producir para compradores desconocidos, y buscando en su mismo seno necesidades y gustos que satisfacer, la sociedad asegurará ampliamente la vida y el bienestar a cada uno de sus miembros, al mismo tiempo que la satisfacción moral que da el trabajo libremente elegido y libremente realizado y el goce de poder vivir sin hacerlo a expensas de la vida de otros. Inspirados en nueva audacia, sostenida por el sentimiento de la solidaridad, caminarán todos juntos a la conquista de los elevados placeres de la sabiduría y de la creación artística.

Una sociedad así inspirada, no tendrá que temer dissentimientos interiores ni enemigos exteriores. A las coaliciones del pasado contrapondrá su amor al nuevo orden, iniciativa audaz de cada uno y de todos, llegando a ser hercúlea su fuerza con el despertar de su genio.

Ante esa fuerza irresistible, los "reyes conjurados" nada podrán. Tendrán que inclinarse ante ella, unirse al carro en la humanidad, rodando hacia los nuevos horizontes entreabiertos para la

revolución social





ediciones
1986 **recortes**

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo el **derecho de vivir**, y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. Obrar de suerte que, desde el primer día de la Revolución, sepa el trabajador que una nueva era se abre ante él; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir debajo de los puentes, junto a los palacios, a permanecer en ayuno mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Sea todo de todos, tanto en realidad como en principio, y prodúzcase al fin en la historia una revolución que piense en las **necesidades** del pueblo antes de leerle la cartilla de sus deberes.

PEDRO KROPOTKIN

